

La niña de Patan

FERRAN SALGADO SERRANO



Todo empezó en verano de 1997, para ser más exacto durante los postrimeros días de un caluroso mes de julio, habiendo transcurrido pocas jornadas desde mi aniversario. Recuerdo especialmente que estaba contento durante mi celebración, pues cumplía el día 26 de julio nada más y nada menos que 26 años. Esa peculiar coincidencia entre fecha y años, que por otra parte le ocurría a todo el mundo antes o después, me hacía sentir especial. A decir verdad, ya me sentía complacido al día anterior y sobre todo al día siguiente de mi aniversario. En el primer caso porque tenía la ilusión de que en pocas horas cumpliría años, y en el segundo caso porque me sentía

satisfecho por haber superado el cuarto de siglo de mi existencia.

El calendario gregoriano determinó que mi gran día fuera sábado. “Mucho mejor” pensé, ya que en esa época tan solo trabajaba de viernes, y por ese motivo tenía todo el fin de semana para hacer lo que más me apeteciera.

Por la mañana fui a una agencia de viajes cerca de casa, pues tenía en mente hacer un viaje durante el mes de agosto. Tenía la determinación, pero aún desconocía las fechas exactas y especialmente el destino final. Iba a ser mi segundo viaje de relevancia. El verano anterior (año 1996) mi elección fue Egipto. Un país que había querido visitar desde pequeño. Por ello me decidí en su día a ir con el propósito de contemplar los numerosos templos y las milenarias momias. A pesar de que jamás lo había visto in situ, tenía la percepción que lo conocía mejor de lo que creía. Ya fuera por mi afán por el mundo antiguo o fuera por los documentales de la 2, estaba tan lleno de conocimientos e imágenes de ese país que el viaje resultó bastante previsible, muy espectacular y afortunado de haberlo hecho, pero previsible al fin y al cabo.

En la agencia fueron muy amables y me dieron todas las facilidades habidas y por haber. Obviamente no iba a ser de otra forma, pues su negocio era vender viajes al mayor número de clientes. Como todavía no estaba seguro de elegir destino, le solicité a la chica que me atendió algunas revistas y folletos de países de Europa, África y Asia, ya que prefería mirármelos con calma y comunicarle mi decisión transcurrido el fin de semana.

Ya en casa, coloqué los folletos sobre la mesa y me senté en una silla con la intención de empezar a ojearlos detenidamente. Después de un buen rato decidí dejarlo porque estaba asqueado por no haber hallado todavía el país adecuado, tantos itinerarios y mapas se me estaban atragantando. Así pues, resolví que el destino jugara sus cartas y fuera él quien decidiera mis vacaciones. Con los ojos cerrados coloqué las tres revistas más importantes, una por cada continente, que contenían mayor número de viajes. Acto seguido levanté la mano y empecé a moverla sobre las revistas, arriba y abajo, derecha e izquierda, hasta que se paró justo cuando mi dedo índice señalaba la revista de Asia. “Bueno, al menos tengo el continente” pensé en ese momento.

Una vez descartados Europa y África, empecé a

pasar las hojas del folleto seleccionado hasta que me percaté que me había detenido en una página en concreto. Al ver el resultado quedé fascinado por la elección, con gritos de felicidad agradecí a la rueda de la fortuna su magnífica elección. “India del Norte y Nepal - 20 días - Del 6 al 25 de agosto” leí entusiasmado. No había la menor duda, esa era mi gran apuesta para el período vacacional. Ese destino se ajustaba perfectamente a mis ideas: era un viaje exótico, histórico—cultural, y la zona se hallaba muy lejos de casa. Estaba decidido, el lunes volvería a la agencia para reservar plaza y desembolsar la paga y señal.

Al cabo de diez días aterricé en el aeropuerto de Delhi, iniciando de ese modo un viaje de tres semanas que me cambiaría la vida para siempre, aunque aún no lo sabía. Durante todo el recorrido por territorio indio visité con mi grupo, amén de contar con la compañía de la guía española, un gran número de ciudades interesantes y templos preciosos. Jaipur y su Hawa Mahal de color rosa, el templo de Galta lleno de monos, Fathepur Sikri llamada también la Ciudad Fantasma, Agra y su maravilloso Taj Mahal como tributo a un amor eterno, los templos eróticos de Kahurajho, Varanasi y su río Ganges. Allí, en sus aguas, llegué a contemplar el amanecer sobre una barca, mientras todos los turistas presentes colocábamos sobre el agua infinidad de candiles de papel en forma de flor en cuyo interior se consumía la llama de una vela, al tiempo que veíamos con total incredulidad, absortos quizá por el mágico momento, como a nuestro lado flotaban los cadáveres de unas vacas sagradas muy delgadas.

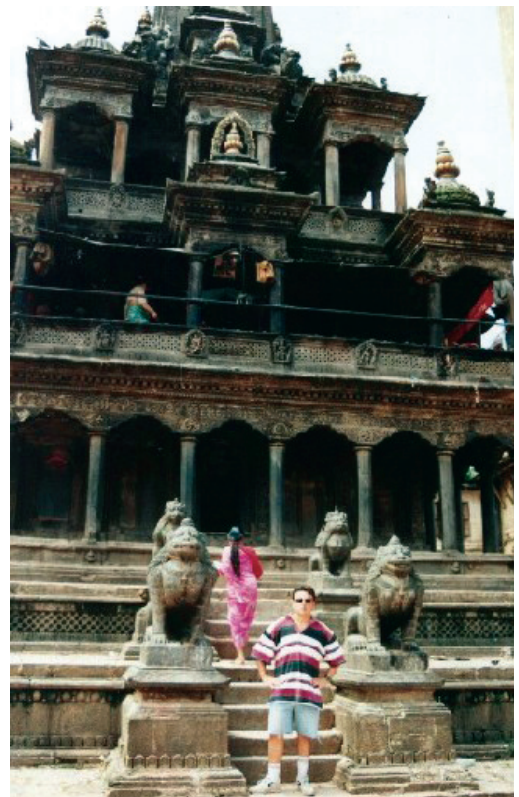
Durante esas jornadas en India me percaté de lo especial del viaje. Me cautivó sobremedida la tonalidad de colores de sus construcciones y ropajes de sus habitantes, los embriagadores aromas que emanaban de las diversas especias y la auténtica felicidad de su gente, a pesar de vivir en la pobreza. También aproveché el tiempo con el fin de mezclarme entre la gente con absoluto interés, pues ya me había encargado previamente al estudiar el folleto que hubiera horas libres a diario, e incluso algunos días libres donde dejara de oír el temido toque de pito habitual de la guía. Había momentos del día en los que necesitaba un poco de libertad de movimientos, y una falta de obligaciones para disfrutar de lo que mis ojos veían, de lo que mis oídos escuchaban y de lo que mi nariz olfateaba.

Me sentía complacido por cómo se desarrollaba el viaje, especialmente con todo lo que de for-

ma directa e indirecta me estaba aportando a mi vida. Además de esas sensaciones, la rueda de la fortuna me tenía guardada otra grata sorpresa.

El grupo aterrizó en Khatmandu, en Nepal, después de un insólito vuelo en círculos descendentes por estar el aeropuerto rodeado de montañas. Durante esa semana el plan era visitar la capital del país y las ciudades más cercanas a su valle. Junto a mis compañeros de viaje visité la estupa de Bodhnath, el templo más famoso de Nepal situado en Pashupatinath, la plaza de Bhadgaon, y sobre todo la ciudad de Patan, conocida como “la ciudad de los mil tejados dorados”.

Por deseo propio me alejé unos metros del grupo, pues quería contemplar a mis anchas la plaza de Durbar para hacer fotos a los palacios y templos. En concreto quedé fascinado por el templo de Krishna Mandir. Me hallaba absorto asimilando la belleza del templo de piedra de cuatro plantas con sus tejados puntiagudos y sus adornos florales. En cierto momento, mientras miraba la gran estatua de Garuda, percibí que alguien me tiraba de la



camiseta. No le di importancia, ya que mi afición por la fotografía superaba con creces esa tirantez, pero cuando lo noté por segunda vez me giré y fue entonces cuando la vi.

Era una niña nepalí de unos siete u ocho años de edad. Mi primera reacción fue la de echarle una buena reprimenda por haberme molestado, pero al fijarme más en ella no pude hacerlo. Me sentí completamente enfurecido conmigo mismo por haber osado tener esa idea. Cubría su pequeño cuerpo con un andrajoso vestido de color marrón claro, más bien beige, y calzaba unas viejas chancas de color rosa que le iban demasiado grandes para sus pequeños pies. Sin pensarlo mucho cogí de nuevo la cámara de fotos y la retraté, quería tener su imagen guardada para siempre. Hasta ese momento jamás me había sentido tan feliz al hacer una foto. “¿Quién era esa niña nepalí? ¿De dónde había salido? ¿Por qué se interesó por mí y no por otro de mis compañeros?” me preguntaba.

Lo que más me fascinó era su inocente sonrisa y sobre todo su gesto. Me miró fijamente con sus ojos negros rasgados y tenía colocados los brazos en forma de abrazo. En ese instante me emocioné y empezaron a resbalar lágrimas por mis mejillas. Sí, lloré porque hasta ese momento jamás había contemplado la inocencia personificada. No sé que me hacía esa niña, y desconocía cuál era el embrujo que me hacía reaccionar de esa manera. Quizá era una diosa antigua reencarnada, o quizá Brahma, el dios todopoderoso, con la ayuda de Vishnu y Shiva, me la había enviado para recordarme que la vida no era solo hacer fotos, que más allá de contemplar los edificios tenía que admirar a las personas, en especial su interior.

Entendí por su gesto que lo que quería era abrazarme. Decidido a hacer realidad su petición me arrodillé para estar a su altura, la abracé y le di un beso en la mejilla. La gente de alrededor, en especial mis compañeros de viaje, mi miraban extrañados. “¿Qué haces, te has vuelto loco?” me decían. Yo no les contesté, no había razón para ello, y aunque la hubiera tampoco les habría dado respuesta.

El mundo ya no giraba a mi alrededor, los habitantes de Patan y mis compañeros de viaje permanecían inmóviles. Ella me sonrió como si esa muestra de afecto fuera de lo más habitual, y me miró con una intensidad que me penetró el corazón. Después de un largo rato, volví a escuchar el maldito toque de pito, entonces me di cuenta de que el mundo volvía a girar, al igual que los allí presentes. No me quedó otra opción que darme la vuelta y dirigirme hacia el autocar. Apesadum-

brado realicé unos pasos, justo cuando la niña levantó el brazo y señaló el vehículo de transporte. De inmediato me percaté de lo que la niña me indicaba con ese gesto. Deseaba sobremanera abandonar su vida de pobreza y marginación y subir al autocar. Quería ver mundo, quería una vida mejor y para lograrla necesitaba mi ayuda. Estuve tentado de cogerla y subirla, pero eso no era posible. En ese instante, ya en el interior del autocar y sentado al lado de la ventana, supe que el autocar era la frontera que separaba ambos mundos. La calle era el de la niña y el autocar que me llevaría al hotel el mío. Mientras la guía hacía el recuento de personas, yo no dejé de ver a la niña tras el cristal y ella no dejaba de verme a mí. De repente oí el ruido del motor del autocar, también noté como el conductor ponía la primera marcha y a continuación percibí el movimiento de las ruedas. Tras los cristales de la ventanilla, la niña parecía más pequeña debido a la distancia ya recorrida, hasta que transcurrido unos segundos ella desapareció para siempre.

Hoy, en el mes de abril de 2012, con 40 años de edad y a pocos meses de cumplir 41, todavía no me ha sido posible olvidar esa niña. Ha llovido mucho durante los quince años que han transcurrido desde mi viaje a India del Norte y Nepal. Otros viajes, otros trabajos, otras experiencias amorosas, pero el recuerdo de esa niña es imborrable. Su mirada y sobre todo su gesto de abrazo los tengo gravados en mi memoria.

Sí, es cierto, el viaje a India del Norte y Nepal me cambió la vida, pero aún más importante es que la niña nepalí de Patan me robó el corazón y me conquistó el alma.

